

EL ECO DE CARTAGENA.

Viernes 26 de Mayo de 1882.

ECOS DE MADRID.

25 de Mayo de 1882.

—Señorito.
—¿Qué quieres?
—Ahi está el casero.
—Dile que me he marchado.
—Imposible...! La portera que
techea le ha asegurado que no ha
salido Vd.
—Pues bien que pase.
—Gracias a Dios que le hecho a
Vd. la vista encima.
—¿En qué puedo servirle?
—Ya Vd. comprenderá que ven-
go...
—A qué le pague?
—Naturalmente.
—Pues ahí verá V., naturalmen-
te me es imposible.
—Me debe Vd. seis meses.
—¿Seis meses?
—Si señor... estamos en Mayo y el
último recibo que abonó V. fué el
de Noviembre.
—Yo creo que Vd. se equivoca.
—No por cierto, son seis meses.
—No es eso, digo que se equivoca
V. en el mes.
—¿Cómo?
—Usted asegura que estamos en
Mayo?
—Si tal.
—Pues voy á abrir el balcón por-
que en Mayo hace un tiempo deli-
cioso.
—Cierre V. condenado, que me
vá á dar una pulmonía... hace un
tiempo infernal.
—Como en Noviembre ¿no es ver-
dad?
—Peor aún.
—Pues déme V. el recibo de Di-
ciembre, se lo pagaré y me pongo
al corriente. Usted lo ha dicho, aún
nos hallamos en lo más crudo del
invierno.

La anterior escena, copiada del
natural, me sirve para dar una idea
de la temperatura en que vivimos.
En un solo dia pasamos del calor
de los Trópicos al frío de la Siberia,
las nevias del Otoño alternan con
las tempestades del Verano, anda-
mo y suda, se para uno á saludar
á un amigo y se constipa, encuentra
uno después á una señora, vuelve á
pararse y el resfriado se vuelve una
pulmonía.
No ha habido epidemia que diez-
me más gente que la que en este
año ha bajado al sepulcro.
Antes se sorprendia uno al tener
noticia de una muerte; hoy la mayor
sorpresa que experimenta cualquier
habitante de Madrid todos los dias
es levantarse de la cama, es saber
que vive.

Apesar de lo cual no faltan impa-
cientes.

El otro dia un anciano achacoso,
se abalanzó á la barandilla del via-
ducto para arrojarle y romperse la
crisma.

—¿Qué vá Vd. á hacer? le pregun-
tó un guardia sujetándole.

—Buscar la muerte.

—A su edad de V. no se busca la
muerte.

—¿Eh? ¿guardia?

—No, un filósofo que pasó por
allí. ¡Tambien los filósofos andan
por la calle!

Una broma ha estado á punto de
ocasionar varias desgracias.

Dos mozos alegres entraron la
otra tarde en una taberna y uno de
ellos bebió tanto que se quedó dor-
mido.

—Verá Vd. si despierta... dijo su
compañero llenando un vaso de agua
y arrojándole el contenido sobre la
cabeza.

Sentir aquella impresión, desper-
tarse, sacar una navaja y acometer
al tabernero todo fué uno.

Su amigo el bromista se escapó.

La muger del tarbernero acudió á
defender á su marido y como él salió
herida. Pidieron auxilio, se presentó
un guardia y tambien comió jierro,
como dicen los matones.

En la calle tratamos de detener á
aquella fiera dos guardias más y les
costó trabajo desarmarle; pero lo
consejaron, atando al hombre de
piés y manos, y colocándole en un
carretón de los que sirven para re-
coger basura. De este modo triun-
fal fué conducido á la prevención.

Las heridas que causó fueron tie-
ves.

Scribe hizo una preciosa comedia
con el título de *El vaso de agua*.

Un vaso de vino y otro de agua
han estado á punto de hacer una
tragedia.

—Si es sabido, dijo al ent-rarse de
lo ocurrido el borracho de quien ha-
blé en mi carta anterior; no hay na-
da más funesto que aguar el vino!

Dos dias despues del eclipse de
sol, hubo en Madrid un eclipse de
amor paternal.

Un padre y un hijo iban por la ca-
lle disputando. Trataban una cues-
tion de intereses y se acaloraban por
momentos.

De pronto se pararon, el hijo fué
el último que habló pero el padre
fué quien se terminó al debate con
un garrotazo que dejó medio muer-
to al fruto de su amor.

Y sin embargo los astrónomos es-
peciales, es decir los agentes de ór-
den público, no vieron este eclipse
hasta que los profanos, es decir los
transeantes llamaron su atención.

Esta semana ha dominado el palo.
Cuentan que un inspector y cua-

tro hombres adictos á su persona
dieron la otra noche una soberana
paliza á un jóven con quien el prime-
ro tenia cuentas que ajustar. Y aña-
den que despues lo llevaron á la pr-
vención y desde allí al saladero.

Este suceso parece que vá á tener
alguna consecuencia.

Para la larga la del comet
... vamos á po-
ver perfecta... en los prime-
tos dias de Junio... de noche
sino de dia.

Ya le atribuyen todas las diferen-
cias que han surgido estos dias en-
tre los políticos, la baja de los fon-
dos, las partidas de Cataluña, la nue-
va procesion de la aurora que sé
yo cuantas fechorias más; pero no
falta quien asegure que es inofensi-
vo y que solo viene á hacer una visita
al banco de España, el cual á juz-
gar por la cola que ostenta debe ser
tambien un cometa de tomo y lomo.

Y á propósito, se anuncia que ha
acordado el Banco, no el cometa la
circulación en toda la Peninsula de
los billetes de 50 y 100 pesetas.

Me alegro, para que haya tambien
colitas en las ciudades y aldeas

Cuando las conozcan en los puer-
tos de mar, van á decir que el Ban-
co estodo un pez...

—Vivito y coleando! añadiran los
chuscos.

Ya se ha inaugurado la Exposición
de Horticultura y en breve si el tiem-
po lo permite, asistiremos á la de pá-
jaros y plantas. En esta ha de lla-
mar mucho la atención una cierva
que es un modelo de amabilidad,
fiura y obediencia. Amamantada
por una cabra, han logrado domes-
ticarla de tal modo, que come á la
mano obedeciendo cuando la mandan ha-
cer monadas y ha cambiado en gra-
cia toda su fiera.

—Ahi exclamaba al saberlo un yer-
no desesperado; por que no harian
lo mismo con mi suegra?

El remedio serio eficaz, pero bus-
quen ustedes á una suegra antes de
serlo. Ninguna niña bonita, deja ad-
vinar que lo será, y sin embargo...
se dan casos!

Anoche se ensayó el alumbrado
oléctrico en la calle de Alcalá, pero
se conoce que aun no estaba á pun-
to.

—¿Lo ha visto Vd? preguntaron
á uno.

—Si señor, gracias á los faroles de
gas.

¡Que horror!
Un jóven hirió ayer á su madre
porque no quiso darle dinero.

Un caballero, y por añadidura re-
vestido de cierto carácter segun di-
cen los periódicos, arroja una mate-
ria corrosiva sobre una jóven agraci-
da por negarse esta á acceder á sus
pretensiones amorosas.

Como se vé, van acabándose los
padres los hijos y los caballeros,

Un prójimo ha sido detenido por-
que se ha dedicado á estafar á los ce-
rrajeros vendiéndoles yeso por bo-
rax.

Los agentes de la autoridad han
descubierto un escalo gracias á un
sereno.

—Esté V. alerta por que me consta
que van á robar en el número 4
de esta calle.

Entre los objetos que hallaron ha-
bian dos sacos de lona destinados á
las monedas que pensaban secues-
trar.

Los ladrones saben donde hay
plata y los tenedores de billetes de
Banco lo ignoran.

¿Quieren los lectores conocer á
un profundo pensador vestido con
las galas del poeta? Pues busquen el
poema que con el título de «El Divor-
cio entre dos almas», acaba de pu-
blicar D. Francisco de Abarzuza.

Acción interesante, galanura, co-
rrección, pensamientos, todo se en-
cuentra en ese libro que por medio
de un prólogo ha presentado al pú-
blico otro de los pensadores más emi-
nentes de estos tiempos, D. Urbano
Gonzalez Serrano.

Un diputado de los más tiernos y
benévolos para con el Gobierno al-
morzaba en Fornos con un disidan-
ten. El primero no tenia apetito.

—Coma V. las chuletas, dijo el se-
gundo, son muy tiernas.

—¿Son tiernas? pues entonces no
las como.

—Pero porqué?

—Por qué serán muy desgracia-
das.

JULIO NOMBELA.

LOS TOLDOS.

—o—

Los primeros de tela se emplearon
en los teatros de Roma en el tiempo
en que Q. Catulo hizo la dedicatoria
del templo de Júpiter (sesenta y
nueve años antes de Jesucristo.)

Poco despues, á los seis años, Lén-
tulo introdujo en el teatro Apolina-
rio toldos de algodón, de color ver-
de, amarillo y rojo. Poco á poco, Cé-
sar el dictador fué cubriendo tam-
bien con toldos todo el foro romano
y la Via-sacra, desde su casa hasta
el Capitolio. Sucedia esto por los
años 46 antes de Jesucristo, y el he-
cho llamó tanto la atención del pú-
blico, que mereció más aplauso que
los mismos combates de gladiadores
tan en boga entonces.

Más adelante, Marcelo, hijo de
Octavia, hermana de Augusto, quan-
do fué este edil y su tío cónsul
(veintitres años antes de Jesucristo),
se cubrió todo el foro con toldos, á
fin de proteger contra los rayos del